

Vínculos

Sociología, análisis y opinión

Año 3 ■ Núm. 5, Marzo-Agosto 2022



LA GUERRA

Revista semestral del Departamento de Sociología / División de Estudios Políticos y Sociales
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades

Universidad de Guadalajara

Vínculos

Sociología, análisis y opinión

Año 3 ■ Núm. 5, marzo-agosto 2022

LA GUERRA



Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
División de Estudios Políticos y Sociales / Departamento de Sociología

Director	Jaime Torres Guillén
Editor	Luis Rodolfo Morán Quiroz
Comité Editorial	Alejandra Guillén González Héctor Raúl Solís Gadea Jorge Ramírez Plascencia Andrea Celeste Razón Gutiérrez Rafael Sandoval Álvarez Carlos Rafael Hernández Vargas
Asistente de dirección	Nidia Verónica Covarrubias Sánchez
Secretario técnico y Soporte plataforma web	Francisco Tapia Velázquez

Consejo Editorial

Isabel Cristina Naranjo Noreña, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina; Antonio Luzón, Universidad de Granada, España; Silvia Carina Valiente, Conicet CIT Catamarca, Universidad de Catamarca, Argentina; Carlos Javier Maya Ambía, Centro de Estudios Japoneses, Universidad de Guadalajara, México; Luisa Martínez-García, Universidad Autónoma de Barcelona, España; Bruno Baronnet, Universidad Veracruzana, México; Mariana Passarello, Universidad del Noroeste de la Provincia de Buenos Aires, Argentina; David Gómez-Álvarez, Universidad de Guadalajara, México; María del Carmen Ventura Patiño, El Colegio de Michoacán, México; Felipe Gaytán Alcalá, Universidad La Salle, México; Liliana Cordero Marines, Centro de Investigaciones sobre América del Norte, UNAM, México.

Comité Científico Internacional

María Patricia Fortuny Loret de Mola, CIESAS Peninsular, México; Göran Therborn, Universidad de Cambridge, Inglaterra; José Luis Grosso, Centro Internacional de Investigación PIRKA, Políticas, Culturas y Artes de Hacer, Colombia; Breno Bringel, Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Universidad del Estado de Río de Janeiro, Brasil; Jorge Alonso, CIESAS-Occidente, México.

Departamento de Sociología de la División de Estudios Políticos y Sociales del CUCSH, UdeG. Av. José Parres Arias núm. 150, San José del Bajío. Edificio F, tercer piso, C.P. 45132. Zapopan, Jalisco, México. Teléfono: 3819-3300, Ext. 23354.

La revista **Vínculos. Sociología, análisis y opinión** puede leerse en internet:

<http://www.publicaciones.cucsh.udg.mx/ppperiod/vinculos/index.htm>

<http://www.vinculosociologiaanalisisyopinion.cucsh.udg.mx/index.php/VSAO>

DEL ENEMIGO COMÚN AL ENEMIGO INTERNO. ESTRATEGIA GEOPOLÍTICA DE LA GUERRA FRÍA EN LATINOAMÉRICA

Recibido: 20/11/2021

Aceptado: 14/12/2021

ALMENDRA CRISTAL OROZCO BARRANCO¹

Resumen

A lo largo del siglo XX, enmarcado por la Guerra Fría y el anticomunismo, se dio un singular proceso de socialización entre las culturas geopolíticas latinoamericanas, y de éstas con la estadounidense, que fluctuó entre diversos grados de acercamientos, desencuentros, alianzas y rupturas. En la naciente arena internacional se abrieron espacios de discusión donde los grupos más radicales fueron construyendo problemas y establecieron marcos de interpretación a partir de narrativas en común con los que activaron y justificaron

¹ Licenciada en Historia y Maestra en Ciencias Sociales por la Universidad de Guadalajara. En la misma institución es productora y conductora de “Catalejo”, espacio televisivo para difundir las investigaciones y reflexionar desde las Ciencias Sociales y Humanas, coproducido por el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades (CUCSH) y Canal 44. Intereses de investigación: Guerra Fría en América Latina, análisis del discurso, geopolítica y la producción mediática anticomunista. Guanajuato, núm. 1045, col. Alcalde Barranquitas, c. p. 44260. Guadalajara, Jalisco, México. 33 3819-3300. Ext. 23417. Correo: alcobarranco@gmail.com; almendra.orozco@administrativos.udg.mx. <https://orcid.org/0000-0003-2848-2163>.

acciones en conjunto. Como resultado se fue imponiendo el liderazgo estadounidense y la exacerbación del militarismo como forma primordial de hacer política a través de la creación de un enemigo común en todo el hemisferio, en consonancia con la Doctrina Monroe y desde una perspectiva altamente moral. Esto consolidó una comunidad imaginada anticomunista a nivel regional que tuvo gran impacto en la geopolítica latinoamericana de la época. En este texto se analiza el discurso de la Confederación Anticomunista Latinoamericana (CAL), la agrupación más importante del momento en la región, para identificar las bases de tal identidad compartida.

Palabras clave: Geopolítica, anticomunismo, fuerzas armadas, América Latina, Guerra Fría

Abstract

Throughout the 20th century, framed by the Cold War and anti-communism, there was a unique process of socialization between Latin American geopolitical cultures and between those and the ones from the United States, which fluctuated between rapprochement, disagreements, alliances and ruptures. In the nascent international arena, spaces for discussion were opened in which the most radical groups were building problems and frameworks of interpretation based on common narratives with which they activated and justified joint actions. As a result, US leadership and the exacerbation of militarism were imposed as a primary way of doing politics through the creation of a common enemy at the hemispheric level in accordance with the Monroe Doctrine and from a highly moral perspective. This consolidated an imagined anticommunist community at the regional level that had a great impact on the Latin American geopolitics of the time. This text analyzes the discourse of the Latin American Anticommunist Confederation (CAL), the most important group of the moment in the region, to identify the bases of such a shared identity.

Keywords: Geopolitics, anti-communism, armed forces, Latin America, Cold War



Introducción

Desde la posición actual, resulta evidente que fue durante la denominada *Guerra Fría* cuando los Estados Unidos se consolidaron dentro del sistema internacional como un importante líder económico, político, militar y cultural. Sin embargo, suele reconocerse mucho menos que, como resultado de ello, se asentaron no sólo el capitalismo y el libre mercado como el modelo ideológico predominante a nivel mundial, sino que esto se hizo en oposición al comunismo; adoptando, pues, una posición anticomunista. En el presente artículo se aborda el papel que desempeñaron en ambas cuestiones las naciones de América Latina, rescatando el contexto histórico en el que sus fuerzas castrenses fueron entrenadas y financiadas por la naciente potencia hegemónica, y cómo diversas agrupaciones civiles imprimieron e impulsaron en la escena internacional un agresivo anticomunismo propio que tenía hondas raíces católicas.

En un primer momento se aborda la homogeneización de las fuerzas armadas militares latinoamericanas como resultado de los nuevos conocimientos que había adquirido Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial, y que tenía la intención de facilitar su coordinación militar a nivel regional, con el fin de que constituyeran excelentes aliados dentro del juego geopolítico que se inauguró con la Guerra Fría. Este apartado se desarrolla a partir de una revisión bibliográfica y documental que contempla comunicados, manifiestos, archivos de la CIA, conferencias y notas mediáticas a partir de los cuales se reconstruye también la sucesión de esfuerzos que se suscitaron a lo largo del siglo XX con la intención de establecer una coordinación anticomunista entre varios países de América Latina y cómo se entrecruzaron con la política exterior estadounidense, modelando y reflejándose unos a otros. Este tipo de reconstrucción narrativa-histórica permite vislumbrar

los procesos sociales en forma coherente e integrada a partir de un marco analítico argumental que postula una determinada relación entre procesos sociales, políticos y económicos, en el cual los procesos antecedentes son postulados como los determinantes o activantes de otros procesos o fenómenos vinculados y subsecuentes en el tiempo histórico. [Para lo que] utiliza como apoyo empírico las descripciones e interpretaciones

elaboradas por protagonistas, periodistas y analistas políticos durante ese periodo [para dar cuenta de] sucesos significativos [y los] interpreta haciendo uso de teorías o conceptos, con frecuencia implícitos (Dalle *et al.*, 2005: 55).

En el segundo apartado, desde una *geopolítica crítica*, se da cuenta de la creación de la Confederación Anticomunista Latinoamericana (CAL), como el gran logro de una ofensiva unificada que consolida la coordinación de mandos militares, representantes oficiales y actores de la sociedad civil anticomunistas que tienen la capacidad de influir de manera determinante en la censura internacional hacia ciertos gobiernos,² mientras legitiman las dictaduras militares del cono sur. Desde esta perspectiva se analizan los razonamientos geopolíticos populares presentes en la revista *Réplica*, órgano difusor de la CAL publicado en la ciudad de Guadalajara entre 1967 y 1987, pues se reconoce la capacidad de imaginación y proyección espacial de los actores no estatales y la importancia de los discursos para el estudio de situaciones y regiones conflictivas a través de posturas y actitudes públicas. Para ello y con el propósito de comprender mejor las bases sobre las que se desarrolló esa lucha conjunta, se aplicó el análisis crítico del discurso, particularmente a los artículos que cubren los congresos anticomunistas internacionales que se llevaron a cabo por todo el continente y que recogen las intervenciones y discursos de sus miembros y participantes más destacados. En ellos se identificaron las representaciones que se (re)produjeron y propagaron en este medio, dirigidas a “un mundo imaginado específico de lectores locales” (Anderson, 1993: 99), para develar la significación que tuvo el anticomunismo en los sectores más conservadores de las culturas geopolíticas estadounidenses y de las élites locales latinoamericanas reunidos por esta confederación.

Dado que “todo texto es capaz de reflejar la imagen que un grupo determinado tiene de sí mismo” (Ayala Diago, 2001: 171), estos discursos permiten reconocer los intereses, las creencias, las motivaciones y opinio-

2 Por ejemplo, los de Fidel Castro en Cuba, Salvador Allende en Chile o la Nicaragua sandinista. Sobre esto puede verse Orozco Barranco (2021).

nes dominantes de grupos de élite en la sociedad (Van Dijk, 1990: 124). Así, a través de un lenguaje normativo que dividía al mundo en hemisferios y a los sujetos en amigos y enemigos, estos grupos fueron conciliando sus posiciones contrarrevolucionarias, pragmáticas, fundamentalistas y en defensa de las nociones de propiedad privada, democracia y libertad. La poderosa red anticomunista que se logró extender por toda la región como resultado reunió a las fuerzas conservadoras latinoamericanas más radicales con importantes conexiones políticas, militares, empresariales y religiosas que fueron a la vez tejiendo alianzas con un amplio rango de instituciones corporativas, filantrópicas, intergubernamentales y civiles estadounidenses. De esta forma encabezaron una cruzada a nivel global demandando a las autoridades de los Estados Unidos cumplir con su responsabilidad de encabezar la defensa del “Mundo Libre”. A la postre, esto tuvo gran peso en la resolución del antagonismo político e ideológico entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, estableciendo la preponderancia geopolítica del último como fuerza hegemónica dentro del sistema mundial. Asimismo, se consolidó el anticomunismo como su ideología predominante y el capitalismo neoliberal transnacional como modelo económico global, características que asumieron los países de América Latina con gobiernos autoritarios militares.

De manera que el anticomunismo característico de la época fue asumido no sólo como estrategia de los ejércitos nacionales para evitar que cualquier otro interés hegemónico fuera del estadounidense penetrara en el continente, sobre todo si se trataba del ruso, sino también para ejercer hacia el interior de sus fronteras una mayor vigilancia y control de la disidencia social, utilizando —so pretexto de defender al Estado democrático y sus instituciones del comunismo— en contra de muchos jóvenes y activistas políticos inconformes —y por ello incómodos— todo el cúmulo de nuevas técnicas y conocimientos que adquirieron en entrenamientos especializados mayormente en academias estadounidenses. De esto es reflejo el denominado *Plan Cóndor*, estrategia transnacional coordinada de represión con la que los gobiernos con presencia en la Confederación Anticomunista Latinoamericana ejercieron violencia transfronteriza de manera sistematizada durante los años setenta y ochenta a través de la persecución, desaparición y tortura de

todo aquel que consideraran peligroso, culpados por encarnar el máximo —enemigo geopolítico y moral—, relacionados con una infiltración rusa y con la ideología comunista de “perversidad intrínseca”.

Hay que entender, pues, que los miembros y las figuras más destacados de la escena anticomunista mundial impulsaron y defendieron las políticas, instituciones e ideales democráticos y de libre mercado en la medida que se beneficiaron de ellos. También que tuvieron gran influencia en la estrategia geopolítica oficial de la política exterior estadounidense de la Guerra Fría, algunas veces apoyándola, siempre presionando e incluso contradiciéndola. Lo mismo sucedió en la política exterior de sus propios países a través de influencia política directa o mediante la presión de la opinión pública. Incluso tomaron el asunto en sus propias manos cuando les pareció que la actuación de sus gobiernos nacionales o la respuesta de las fuerzas hegemónicas occidentales hacia el comunismo era insatisfactoria e insuficiente, asumiendo un discurso de integración regional que asimilaba las narrativas de seguridad nacional en términos de deber masculino, heroísmo y urgencia defensiva ante un acechante y peligroso mal, como consideraron al comunismo. Entonces, establecieron una comunidad imaginada anticomunista: una identidad compartida que impulsa una asociación voluntaria a partir de la interpretación de la realidad desde posiciones afines.

La mirada geopolítica anticomunista

Tras la Segunda Guerra Mundial la geopolítica como forma de poder-conocimiento devino en “una nueva forma de pensamiento global, una doctrina intelectual que los ciudadanos y estrategas de cualquiera de los aspirantes al Gran Poder tenía necesidad de tomar en serio”. Por tanto, se concibió como una actividad deseable que perseguir en el juego de la dominación mundial para Estados modernos ambiciosos, que se lanzaban a conseguir una “relativa eficiencia, posición estratégica y poder militar entre sistemas imperiales en competencia” (Tuathail, 2005: 19). Primero, a ella se avocaron los centros de inteligencia militar estadounidenses y, después, la colocaron en el corazón de diversos centros de investigación y espacios de entrenamiento que asumieron su estudio científico y aplicación política durante la Guerra Fría. Estas prácticas significaron “el

despertar del público americano a la conciencia global” (Tuathail, 2005: 88) en la que, en medio de “la entrada de un nuevo sector hegemónico” financiero (Mejía, 2015: 154), el Estado militar se presentó como el mecanismo para cumplir las “aspiraciones de ser un poder internacional o por lo menos regional significativo” (Santos, 2002: 56).

Entre las escuelas y centros de adiestramiento podemos destacar la Escuela de Servicio Exterior, especialización ofrecida por la Universidad de Georgetown a partir de la experiencia internacionalista del sacerdote jesuita Edmund Walsh con la Revolución rusa. Ésta fue la primera institución en educación superior en los Estados Unidos en brindar entrenamiento diplomático hacia la tercera década, y en los años cuarenta ayudó a promover la geopolítica como una disciplina académica. Esto le permitió a Walsh tener gran influencia en la vida pública estadounidense y afirmar la primacía moral de una autoridad católica en el plano internacional con un cariz anticomunista (McNamara, 2005). A lo largo de su vida, el padre Walsh mantuvo numerosos lazos sociales e institucionales con el Pentágono y el Departamento de Guerra del ejército estadounidense y sus programas de entrenamiento, para quienes impartió clases de geopolítica de manera regular sobre peligros de seguridad, espirituales y geopolíticos, además de tener buenas relaciones con el general Douglas MacArthur (Tuathail, 2000: 204).

Bajo este nuevo paradigma, reconocieron a las Fuerzas Armadas latinoamericanas como actores significativos de la vida política de sus países, por lo que pronto les dirigieron diversos programas de entrenamiento, equipamiento e indoctrinación militar. Vistos por el gobierno estadounidense como socios confiables en la Guerra Fría, a los militares latinoamericanos se les asignó un importante papel instrumental en la protección de la región ante una posible invasión soviética, aun si la posibilidad de tal suceso en la primera mitad del siglo XX era casi imposible. El Programa de Asistencia Militar (MAP) de la administración de Eisenhower les preparó para el combate de “enemigos externos” centrado en la Unión Soviética, propiciando una cooperación más cercana entre ellos en un escenario donde hasta entonces habían predominado antagonismos históricos y ambiciones geopolíticas individuales en la región (López, 2016: 45-46).

Sin embargo, la victoria de la Revolución cubana “desafió todo el conjunto de políticas y estrategias estadounidenses en relación con la defensa continental” que estaban expresadas en la idea de la “amenaza externa”. Por lo tanto, ante una amenaza que comenzaba a sentirse más cerca, sobre todo tras la definición socialista del gobierno cubano, Eisenhower y sus consejeros dieron un giro estratégico en América Latina poniendo más énfasis en la “seguridad interna”, y gran atención al asunto de la subversión como “el esfuerzo de debilitar o destruir el Estado por fuerzas operando dentro de sus confines territoriales e institucionales”. Así, modificaron los programas de entrenamiento para hacerlos afines a este nuevo enfoque, estandarizando los manuales y cursos “para facilitar y acelerar la homogeneización estructural e ideológica de los ejércitos por todo el continente”; con ello, no sólo se transformó la interacción entre los ejércitos latinoamericanos, sino la forma en que se dirigieron hacia sus mismos ciudadanos, ahora interpretados como una “amenaza potencial a la seguridad nacional” (López, 2016: 46). Así hizo aparición el concepto de *enemigo interno* sobre la base de un *enemigo común*.

Entre las enfocadas en el entrenamiento latinoamericano, podemos mencionar a la Escuela de las Américas, localizada en la zona del Canal de Panamá, aunque contaba con equipos de entrenamiento móvil; ésta fue uno de los principales centros de entrenamiento en contrainsurgencia e inteligencia militar para oficiales, agentes de inteligencia y grupos paramilitares que participaron en el Plan Cóndor. Muchos de ellos se convirtieron en instructores de las futuras generaciones de oficiales y soldados en sus propios países (López, 2016: 24). También está el Centro de Estudios de Libertad,³ una academia de entrenamiento privado anticomunista localizada en Virginia, iniciativa del Consejo de Seguridad Americano, “un consorcio de cabilderos en defensa de la industria y políticos belicosos” conformado por agentes retirados de la CIA, el FBI, el ejército y de otros *think tanks* como el Comité de Actividades Antiamericanas, además de algunos aliados extranjeros. Calcado de una experiencia sudcoreana, éste tenía la finalidad de “formar profesionales

3 Freedom Studies Center.

en guerra psicológica” que supieran “cómo pelear la Guerra Fría” y atenuar así la que consideraban una deficiencia frente a la Unión Soviética, donde —según sus creadores— existían “cerca de ‘6 000 escuelas de guerra política’”. Sus egresados se desarrollaron dentro de negocios internacionales y agencias gubernamentales, uno incluso llegó a ser el consejero de Seguridad Interna del presidente Richard Nixon, lugar desde donde mantuvo vigilancia severa sobre activistas antiguerra y pro derechos civiles. Y ya “para mediados de 1970, el Centro albergó un grupo de anticomunistas de línea dura que buscaron nuevos caminos hacia la victoria en la Guerra Fría [haciendo] del anticomunismo internacional una política de estado durante la era Reagan” (Burke, 2018: 42-43).

También se destacaron como proveedores de entrenamientos en guerra no convencional para los ejércitos latinoamericanos la Escuela Francesa de contrainsurgencia, la Academia Peitou creada por el Kuomintang (el partido taiwanés anticomunista) y la Liga Anticomunista de los Pueblos Asiáticos (APACL), con asistencia estadounidense (López, 2016: 25). El tipo de razonamiento geopolítico que este tipo de instituciones y programas asumieron durante la Guerra Fría fue de un acendrado anticomunismo que dio particular forma y dirección tanto a sus actividades formativas como a las actuaciones de sus miembros y egresados, quienes adquirieron la mirada estratégica de la visión geopolítica para pensar la política exterior, dirigir la política nacional en cada uno de sus países y planear el combate. Y esto no fue sino reflejo del discurso político hegemónico imperante al que también se alinearon los medios de comunicación, definiendo las expresiones políticas “razonables” que podían participar en la arena pública cada vez más global.

La identificación supranacional que fue desarrollándose compartía una identidad nacional similar con las nociones de *orden y progreso* en un lugar central, y otorgaba gran peso a las Fuerzas Armadas para protegerlas. Por lo tanto, estaban convencidos de que la derrota del nuevo enemigo común requería la acción de las fuerzas armadas nacionales o las fuerzas del anticomunismo militante; es decir, el liderazgo de un ejército de hombres libres, con entrenamiento militar y moderno armamento, protegidos por Dios. Así, cuando los pueblos o los seres humanos se desviarán por derroteros que los alejaran de sus raíces, provocando el

debilitamiento del poder presidencial como símbolo de autoridad fuerte y justo, el ejército nacional era el único capaz de “hacer respetar el buen nombre de la patria a los ojos del mundo entero”, restituirle su libertad, reconstruir el país, aplacar el caos y ejecutar las “labores de reconciliación, paz y unidad nacional” necesarias para la eliminación de enemigos y traidores apátridas. En gran medida, esto ayudó a legitimar los golpes militares de la región.

Cabe recordar que en estos países existe una larga tradición de regímenes políticos sustentados en una fuerte relación entre Iglesia y Estado; en ellos, predomina la población católica. Esta religión considera que, debido a “la naturaleza corrupta e irremediable del hombre” —como lo comprueba el *pecado original*—, son imprescindibles “la autoridad, la jerarquía y la obediencia” (Hernández López, 2002: 64).⁴ Por ello, como puede observarse de manera particular en América Latina, las élites conservadoras “apuestan por modelos jerárquicos que preserven la autoridad tradicional de los cuerpos sociales, es por ello que en el siglo XIX los antiliberales se adherían firmemente a los principios monárquicos, mientras que en el XX su inclinación fue por sistemas autoritarios” (Martínez Villegas, 2016: 25). Así, las dictaduras militares latinoamericanas deben entenderse como *religiones nacionalistas*, “la forma más aguda de [la] sacralización de lo político”, en las que “la exaltación sagrada del suelo, de la sangre vertida, del pueblo, de los signos nacionales profanados [...] se torna guerra, terrorismo, exterminio y liquidación del otro” (Sánchez Carrión, 1999: 28). Y, a la vez, deben entenderse como “el requisito político que permitió la adopción de políticas radicales de mercado libre en [la región] tras la Guerra Fría” (Joseph, 2004: 88).

Anticomunismo latinoamericano

El pensamiento geopolítico entre los oficiales militares de países como Brasil, Argentina y Chile fue una constante desde los años cincuenta, e incluso Augusto Pinochet impartió esta materia en la academia de guerra chilena (Tuathail, 2005: 13). Todos ellos tenían, pues, la *mirada entre-*

4 Citado en Martínez Villegas, p. 125. Véase la referencia completa en la bibliografía.

nada, con la que podían darse cuenta mejor que otros de “la cambiante geografía universal” y distinguir entre las naciones vecinas, vertebradas por una geografía común, entre amigos o enemigos. Sin embargo, es necesario precisar que, entre las jerarquías militares y católicas, así como en ciertos segmentos de la clase media latinoamericana, ya existía con anterioridad un arraigado anticomunismo propio y de larga data.

A partir de la década de los treinta surgieron varias iniciativas políticas con una clara postura anticomunista, las cuales encontraron diferentes niveles de aceptación y respuesta a escala nacional e internacional, de acuerdo con el ambiente político que imperaba en cada país. Así, en 1937, en México encontramos a la Confederación de Clase Media lanzando una iniciativa para llevar a cabo el Primer Congreso Iberoamericano Anticomunista, a contracorriente con el espíritu de la Doctrina Estrada de no intervención que impulsaba la postura oficial de nuestro país, pero a tono con las encíclicas de la Iglesia respecto a la participación política y social de los católicos en la modernidad y su postura sobre el comunismo.

Teniendo como documentos de base la encíclica *Rerum Novarum*, publicada en 1891,⁵ y la *Divini redemptoris* de 1937,⁶ la Confederación de Clase Media afirmaba poseer una ideología nacional que rechazaba las ideologías importadas por grupos subversivos, defender la Constitución y la Patria, y dirigir sus ataques al puñado de judas que las *traicionaban* al recibir un sueldo del Komintern ruso y al engañar al proletariado sobre las “verdaderas” intenciones del movimiento obrero. Por eso su objetivo, según afirmaba su presidente, el ingeniero Gustavo Sáenz de Sicilia, era *informar* “al buen mexicano en qué consiste el comunismo, el régimen que busca establecer y a quién benefician sus medidas”, tales como el establecimiento de una sociedad sin clases, la abolición del derecho de propiedad y todas las libertades, la renuncia a la personalidad y al

5 Se proponía lograr que el Estado tomara “carácter y forma cristiana”.

6 Abordó el tema del comunismo ateo, advirtiendo sobre la perversidad intrínseca del comunismo y sobre su total incompatibilidad con las ideas de salvación cristianas; y alentaba a la jerarquía católica mexicana en conjunto con el apostolado seglar organizado “a desprestigiar y combatir las ideas comunistas” (Pacheco, 2002: 4).

individualismo, el desconocimiento de la Constitución y la destrucción de todas las instituciones nacionales, incluido el ejército, así como el establecimiento de una dictadura en la que los tiranos enriquecidos dejarían el producto de sus despojos en manos de los judíos, propiciando el triunfo de la organización semítica (Pérez Monfort, 1993: 155 y 159).

A pesar de que sus organizadores reconocieron que en México no había entonces un verdadero movimiento anticomunista, se propusieron la enorme labor de organizar estos esfuerzos a escala continental. Sin embargo, se encontraron con dificultades para sacar adelante tal iniciativa a nivel diplomático debido a la tendencia izquierdista que predominaba en varios gobiernos latinoamericanos, incluido el mexicano; aseguraron que la Secretaría de Relaciones había emprendido en su contra una campaña de desprestigio entre los representantes extranjeros simpatizantes del gobierno cardenista. Además, en la Cuba de Fulgencio Batista —el lugar seleccionado para ser sede de tan importante evento—, imperaba una difícil situación política que, preveían, sólo se agudizaría dada la tendencia hacia el “izquierdismo” de la población, producto de la influencia de exiliados políticos retornados y refugiados españoles (Pérez Monfort, 1993: 182).

Con todo y eso, los miembros de la Confederación de Clase Media consideraron que los resultados de las gestiones fueron de gran provecho en términos de conseguir acercar diversas organizaciones nacionalistas y grupos de lucha contra el comunismo, y que éstos se plantearan la posibilidad de un trabajo conjunto y más metódico dentro del continente. De manera que, a falta de representantes oficiales de los Estados-nación, se contempló la pertinencia de que este proyecto congregara a delegados particulares como intelectuales destacados, miembros de partidos políticos, asociaciones nacionalistas, confederaciones, grupos patrióticos y asociaciones culturales que coincidieran en sus objetivos, favoreciendo su entendimiento y cierta unificación (Pérez Monfort, 1993: 177). De esta forma se establecieron importantes contactos con diversas personalidades destacadas de la sociedad cubana, con los representantes oficiales en la isla de la Federación Alemana y de la España franquista, y también con reporteros, directivos y propietarios de medios (prensa y radio) (Pérez Monfort, 1993: 186).

En cualquier caso, pese a la buena recepción de la iniciativa entre estos grupos, nadie contribuyó con lo más necesario para la realización del Congreso, por lo que se debió esperar para retomar en el futuro esta acción anticomunista coordinada; por supuesto, sin dejar de cultivar las relaciones ya adquiridas. Este escenario coincidió con el inicio del proceso de consolidación hegemónico de los Estados Unidos, que a través de su participación en conferencias internacionales interamericanas impulsó su agenda imperialista promoviendo las ideas de desarrollo, democracia y mundo libre, que ayudaron a imponer el modelo de sociedad de libre mercado. Para América Latina, esto ha significado la reducción del Estado de bienestar con el “recorte de impuestos directos, desregulación de mercados laborales y financieros, debilitamiento de sindicatos, [y la] privatización de servicios públicos” (Germaná, 2014: 387), lo que ha aumentado cada vez más la brecha social entre los que menos tienen y los que lo poseen todo.

En la VIII Conferencia Internacional de Estados Americanos realizada en Lima, Perú, en 1938, el Departamento de Estado estadounidense comenzó a promover la idea de “que se repudiara que un país del continente pudiera adoptar un sistema de gobierno distinto al ‘democrático’, en tanto sería ‘no americano’” (Carrillo Reveles, 2018: 390). En ese momento, sin embargo, en el orden jurídico panamericano vigente establecido tan sólo un año antes en la Conferencia de Buenos Aires, esta propuesta fue considerada muy intervencionista. Una década más tarde, ya terminada la Segunda Guerra Mundial, en la IX Conferencia Internacional de Estados Americanos realizada en Bogotá en 1948 —en la que nace la Organización de los Estados Americanos—, nuevamente los temas dominantes de la agenda estadounidense responden a la cuestión de “que se repudiara a cualquier país que asumiera, o al menos así lo pretendiera, una forma de gobierno que no contara con su aprobación, es decir, que no fuera ‘democrático’, incluso si el arribo al poder hubiera sido por la vía electoral”. A esto se le suman la promoción de “las ventajas del libre mercado, frente a la postura de los latinoamericanos, que buscaban continuar con su industrialización” (Carrillo Reveles, 2018: 393).

A través de estos espacios internacionales se buscaba transferir al sistema interamericano la lógica de la Doctrina Truman y la paranoia

mccarthista que influían tanto la política exterior estadounidense como la doméstica. En México, el discurso del presidente Harry Truman respecto a apoyar económica y militarmente a los pueblos libres que estuvieran resistiendo intentos de agresión de minorías armadas o presión exterior, pronunciado en marzo de 1947, pronto generó respuestas. El Frente Popular Anticomunista de México, liderado por el experimentado político Jorge Prieto Laurens, intentó beneficiarse de tal política acercándose a la embajada estadounidense para solicitar el apoyo referido para combatir las actividades del Partido Comunista y del general Lázaro Cárdenas, al que señalaba como “jefe de la quinta columna Stalinista” (Servín, 2004: 17).

De acuerdo con la *Declaración de principios y estatutos*, que publicó en 1952 en la capital del país, este Frente Popular Anticomunista de México era “una Institución Social, de lucha permanente contra toda doctrina totalitaria que se oponga a los principios de Patria, Libertad y Democracia [los cuales constituían su lema], sustentados en la Constitución General de la República, promulgada el 5 de febrero de 1917” (Frente Popular Anti-Comunista de México, 1952: 3). Tenía como propósito combatir en conjunto con elementos afines en tendencias e intereses y que aceptaran los principios básicos de la Revolución Mexicana por todos los medios de la propaganda y de la acción al comunismo que había infiltrado al país y suponía una grave amenaza para la Patria (Frente Popular Anti-Comunista de México, 1952: 11-12).

Desde esta organización se volvería a intentar agrupar a los diferentes grupos nacionalistas y anticomunistas y coordinar una lucha conjunta, primero a nivel nacional, luego continental y, más tarde, a escala mundial. El resultado tuvo distintos grados de éxito. Así, el 23 de septiembre de 1951 se llevó a cabo el Primer Congreso Regional Anticomunista del Distrito Federal, cuyas resoluciones apuntaban a influir sobre la política interna y externa del gobierno mexicano. Resoluciones tales como proscribir al Partido Comunista Mexicano por servir a una potencia extranjera; romper relaciones con la URSS y todos sus satélites por su “comprobada” injerencia diplomática, subversiva y propagandística; excluir a los comunistas de las dependencias de la administración pública, empresas paraestatales y de la Universidad Nacional Autónoma; suprimir subsidios oficiales a “agencias de penetración soviética y de

entrenamiento de saboteadores”, como denominaron a la Universidad Obrera, al periódico *El Popular* y al Fondo de Cultura Popular; prohibir la impresión de panfletos y propaganda comunista en los Talleres Gráficos de *La Nación* y las oficinas impresoras del Gobierno; además de reformar el artículo 3.º constitucional para establecer la libertad de enseñanza, dirigida a permitir la educación privada y confesional; que se orientara la política ejidal para hacer de cada ejidatario dueño definitivo de su parcela un ciudadano auténticamente libre. De manera contundente, el Frente Popular Anti-Comunista de México señalaba además “sostener las bases de la Acción Social Cristiana, que postulara el Gran Pontífice León XIII [...], considerada universalmente como la Doctrina social más avanzada dentro de la realidad” (Frente Popular Anti-Comunista de México, 1952: 6-9).

Jorge Prieto Laurens, fundador y presidente del Frente, se dispuso a conocer y ponerse en contacto con todos los anticomunistas latinoamericanos, para intentar nuevamente la creación de una organización que coordinara y fomentara la lucha activa contra el marxismo leninismo en el continente. En Nicaragua indagó entre escritores, periodistas y diplomáticos, en las embajadas y consulados, en empresas navieras y de aviación sobre la existencia de agrupaciones o personas que compartieran los ideales anticomunistas. Y luego de un tour de cerca de un mes por “20 naciones hermanas en América Latina”, en mayo de 1954, en la Ciudad de México se llevó a cabo el Primer Congreso contra la Intervención Soviética en América Latina, con la asistencia de parlamentarios, maestros y estudiantes de más de una decena de países de la región, además de miembros de la Liga Anticomunista de los Pueblos Asiáticos (APACL, por sus siglas en inglés) como observadores (Prieto Laurens, 1979: 36-37).

Lo más fructífero de esa reunión fue la mancuerna que conformaron Prieto Laurens y el almirante Carlos Penna Botto, un importante activista anticomunista brasileño que lideró el combate contra el comunismo en su país al frente de la Cruzada Brasileña Anticomunista, y que ocupó importantes cargos militares en la armada y como consejero en varios de los gobiernos de la nación carioca. Participó como consejero naval en la IV Reunión de Consulta de los Ministros de Relaciones Exteriores de las

Repúblicas Americanas y presidió la segunda edición del Congreso contra la Intervención Soviética en América Latina (Prieto Laurens, 1973: 41).

Estos años de avance en la integración de los anticomunistas latinoamericanos coincidieron con la puesta en práctica del esquema político bipolar mundial de la administración Truman, que colocó en el centro de las relaciones internacionales el código geopolítico de la contención de la Unión Soviética y el comunismo, enmarcados como una cuestión de seguridad hemisférica. De manera clara fue retomado por los asistentes a aquel Primer Congreso contra la Intervención Soviética en América Latina el discurso de Harry S. Truman en el que llamaba a todos los países a “optar entre dos estilos de vida alternativos”:

La elección a menudo no resulta una elección libre. Un estilo de vida se basa sobre la voluntad de la mayoría y se distingue por tener instituciones libres, gobierno representativo, elecciones libres, garantías para las libertades individuales, libertad de expresión y de religión y liberación de la opresión política. El segundo estilo de vida se basa en la voluntad de una minoría forzosamente impuesto sobre la mayoría. Se basa en el terror y la opresión, una prensa y radio controladas, elecciones arregladas y la supresión de las libertades personales. Creo que debe ser una política de los Estados Unidos apoyar a los pueblos libres a que resistan las tentativas de subyugación por parte de minorías armadas o por presiones externas. [...] Los pueblos libres del mundo miran hacia nosotros para ayudarlos en mantener sus libertades (Salbuchi, 2004: 218-219).

El representante de Argentina, el señor Andrés de Cicco, presentó un estudio realizado ex profeso para tal asamblea respecto a la Unión de América Frente al Comunismo Soviético, quienes debían “tener la orientación firme de elegir entre la democracia o el totalitarismo, Washington o Moscú” (CIA, 1954b: 89).

Los intereses políticos y económicos tanto del gobierno estadounidense, de grandes corporaciones como la United Fruit Company y de activistas políticos como Prieto Laurens que impulsaban este tipo de medidas y discursos, se concretaron en América Latina en la Guatemala de Jacobo Árbenz, sobre la que en esos términos pronto se planeó

una intervención para derrocar al gobierno. Con esta intención la CIA instruyó a sus agentes en aquel país para “movilizar a dignatarios de la Iglesia católica y a organizaciones católicas seculares en actividades anticomunistas” a través de la puesta en marcha de “rumores, combinando hechos reales y ficticios” que resulten más apropiados para cada grupo y situación particular. Por ejemplo,

describiendo gráficamente cómo la iglesia local podría convertirse en una antecámara de encuentros para los “luchadores ateos”, cómo los hijos de los lectores tengan que pasar su tiempo con los “pioneros rojos”, cómo los retratos de Lenin, Stalin y Malenkov sustituirían las imágenes de los Santos en cada hogar (Katz, 2004: 19).

O que todos los hombres y mujeres de 16 años serían llamados para “hacer un año de servicio obligatorio en campos especiales [y] contrarrestar la influencia de la familia y de la iglesia”. Y que no habría más instrucción religiosa, sino puras “lecciones de ateísmo al estilo soviético” (Katz, 2004: 19).

Por su parte, el compromiso de Jorge Prieto con la causa guatemalteca era tal que “sin ningún respaldo real del estado mexicano [...] envió sus representantes a El Salvador para conocer al exiliado General guatemalteco Castillo Armas y Miguel Ydigoras Fuentes, prometiéndoles ayuda material y financiera para derrocar al gobierno elegido democráticamente del socialista Jacobo Árbenz” (Burke, 2018: 25). Cuando Prieto Laurens estaba en busca de recursos para realizar el Congreso, un agente de la Agencia Central de Inteligencia recibió la orden de ofrecerle su ayuda personal para planear cómo sería presentado el problema de Guatemala en el mismo. También tenía la instrucción de no ofrecerle más de mil dólares de su “propio bolsillo”, en vista de que sabían que éste ya contaba con suficientes fondos para llevarlo a cabo (CIA, 1954a: 2).

Si bien es cierto que al principio la CIA se mostraba reticente a involucrarse con Prieto Laurens y compañía, cambió de opinión luego de que éstos se aseguraron “algún respaldo financiero por parte de ciudadanos privados y empresarios en México, El Salvador y Honduras”. Sólo entonces el oficial E. Howard Hunt “se comprometió con 25 000 para

garantizar los gastos completos” (Burke, 2018: 25-26). Éstos ascendían, según hizo el cálculo su presidente y organizador, a \$100 000.00 dólares. Sin embargo, justo después de concretado el golpe de Estado en Guatemala, la CIA dio al Frente Popular Anticomunista y a sus líderes un repentino espaldarazo debido a que los consideraron “altamente impredecibles y no de fiar” (Burke, 2018: 25).

A nivel continental se llevaron a cabo por lo menos tres ediciones más del Congreso: en Río de Janeiro, Brasil, en agosto de 1955; en abril de 1957, en Lima, Perú; y en 1958 en Ciudad Antigua de Guatemala. De estas reuniones emanaron instancias como la Confederación Interamericana de Defensa del Continente⁷ y se lanzó la iniciativa para realizar el Primer Congreso Mundial Anticomunista. Todos estos foros sirvieron de escenario para que diversas figuras anticomunistas de todo el mundo establecieran o fortalecieran lazos, mientras les brindaba un importante espacio para proyectar y discutir los problemas comunes que les aquejaban, y denunciar los gobiernos con los que no estaban de acuerdo, como fue el caso de Árbenz.

La pareja Penna-Prieto pronto fue invitada a los círculos anticomunistas europeos y asiáticos, donde convivió con chinos nacionalistas y representantes de varios organismos anticomunistas como el Bloque de Naciones Anti-Bolcheviques (ABN) y la Liga Anticomunista de los Pueblos Asiáticos (APACL), con los que acordaron celebrar en México la Conferencia Preparatoria del Primer Congreso Mundial Anticomunista en marzo de 1958 (Prieto Laurens, 1973: 41).

Sin embargo, tras la irrupción en el panorama latinoamericano de la Revolución cubana, los esfuerzos regionales ya aventajados fueron abruptamente frenados, aplazados indefinidamente para evitar las “provocaciones de reformadores agrarios de China y Cuba” (Prieto Laurens, 1973). Pero también porque las figuras más importantes del anticomunismo estadounidense del momento, como Marvin Liebman,

⁷ Era presidida por Penna Botto, y Prieto Laurens fungía como secretario general; contó con la participación de delegados de todos los países hermanos y observadores de Canadá, Estados Unidos y la China nacionalista. Se le reconoce como pantalla de la CIA para movilizar la presencia de sus agentes en los países latinoamericanos.

con importantes conexiones y acceso a fondos provenientes de las fundaciones Ford y Rockefeller, del Departamento de Estado y la CIA (Burke, 2018: 17-18), se habían desencantado con el proyecto dada la falta de cohesión entre los diferentes grupos con visiones dispares, a veces uno en contra del otro, sin trabajo de base cuidadoso y firme, y que no lograba ponerse de acuerdo sobre quién “debería liderar la coalición y cuáles intereses debería representar” (Burke, 2018: 27). Pero sobre todo asustados porque “sus conexiones anticomunistas internacionales eran con las organizaciones de derecha más extremas, muchas antisemíticas” (Burke, 2018: 26).

El repliegue de los estadounidenses no agradó a las otras fuerzas participantes en el Congreso, que se quedó sin dirección en medio de una lucha de facciones regionales, con lo que finalmente se disolvió. No sería sino durante las siguientes décadas cuando el anticomunismo lograría en América Latina la tan anhelada unificación ideológica y programática, consolidando en términos de unidad y cooperación un movimiento continental muy importante; esto cuando Fidel Castro declaró a Cuba como socialista y la erigió como bandera articuladora de la unión de las izquierdas de todo el mundo y la resistencia al imperialismo estadounidense.

En 1967, con la participación de los grupos europeos, asiáticos y estadounidenses involucrados en aquel intento fallido nueve años antes de realizar un Congreso Mundial, se fundó la Liga Mundial Anticomunista en la XII, conferencia general de la Liga Anticomunista de los Pueblos Asiáticos (APACL) que tuvo lugar en Seúl. A la par, en el marco de un Congreso Anticomunista Regional de Occidente nació en Guadalajara, en el seno de la Universidad Autónoma (UAG), la Federación Mexicana Anticomunista (FEMACO). Entre sus miembros fundadores y dirigentes se encontraban Jorge Prieto Laurens y Raymundo Guerrero Guerrero.⁸

Entre sus objetivos expresos, la FEMACO indicó su interés por luchar para salvar a México del comunismo internacional ateo y esclavizador,

⁸ Guerrero se formó académicamente en la UAG y políticamente en la organización estudiantil de esa misma institución, así como en la asociación secreta detrás de ella,

ambicioso y de malvados planes, llevando el mensaje anticomunista a todos los rincones de la patria para alertar a la sociedad mexicana de la actuación cada vez más intensa y efectiva de los grupos comunistas en el país; poner sobre aviso a las autoridades correspondientes sobre las actividades de grupos subversivos, y organizar, cohesionar, documentar y poner a trabajar en ello a la mayor cantidad de personas posible. Y definitivamente las tres experiencias y momentos históricos narrados hasta ahora en la conformación de un frente anticomunista mundial no deben verse como extrañas coincidencias o esfuerzos reiterativos inconexos, pues existen vínculos certeros entre sus impulsores y organizadores que le otorgan un cariz de continuidad. El ingeniero Gustavo Sáenz de Sicilia compartió filas políticas en el Partido Fascista Mexicano y hasta un destierro en Cuba con René Capistrán Garza, abogado egresado de la Universidad Nacional, importante empresario editorial y reconocido periodista y escritor entre los sectores más conservadores. Capistrán Garza cofundó y presidió la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM); dirigió la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa y estuvo al frente de las fuerzas armadas cristeras. Participó también en el Partido Nacional Cooperatista al lado de Jorge Prieto Laurens. La FEMACO le tenía gran aprecio y le atribuía gran autoridad moral, por lo que sus artículos de opinión encontraban espacio en la revista *Réplica*, en la que figuró como colaborador regular al lado de Prieto y Guerrero.

Al año siguiente de su constitución, la FEMACO adquirió la representación en el país del capítulo nacional de la Liga Mundial Anticomunista (WACL), y de manera inmediata comenzó a acudir a todas las reuniones realizando intervenciones a nombre de toda América Latina y proponiendo de manera activa estrategias, lo que le daría pie para convertirse en la “vanguardia de la lucha” y establecer a Guadalajara como bastión del movimiento latinoamericano anticomunista. De

denominada *tecos*. Llegó a desempeñarse como profesor y director de la Facultad de Derecho de esta universidad heredera de la resistencia cristera de occidente y vestigio de los enfrentamientos que suscitó la implantación oficial de la educación socialista en el país durante los años treinta. Pero su más importante labor la realizó al frente de la FEMACO, logrando poner a México en el centro de la lucha anticomunista mundial.

esta manera logró muy pronto atraerse no sólo la organización de la sexta edición del Congreso Mundial Anticomunista de la WACL para el año 1972 —por primera vez realizado fuera de Asia—, que fue celebrada en la Ciudad de México, sino que ese mismo año Guerrero consiguió asegurar la presidencia de la organización mundial y, en esa misma cumbre, propuso la creación de la Confederación Anticomunista Latinoamericana (CAL), organismo regional de la WACL que quedaría a cargo del licenciado Rafael Rodríguez y que aglutinaría a las organizaciones de derecha de América Central y del sur del continente.



De izquierda a derecha los tres primeros: Jorge Prieto Laurens, Dr. Ku Cheng Kang, y Raimundo Guerrero en la Ciudad de México, Agosto 1972, durante el VI Congreso de la Liga Mundial Anticomunista. Imagen extraída de *Réplica* núm. 39, Octubre 1972, p. 18

Hay que tener en cuenta que, a principios de los setenta, la WACL había incorporado docenas de nuevos capítulos, lo que le permitió tener presencia en los cinco continentes, haciéndola el grupo anticomunista internacional más importante. Muchos de los más de cien capítulos que la componían “especialmente aquellos de África y el medio Este no eran mucho más que organizaciones de membrete con un puñado de miembros, pequeños presupuestos y sin influencia real en sus patrias”. No obstante, el resto compensaba la ineficacia de éstos, al tratarse de “neo-

nazistas, exnazis, fascistas y neofascistas” en extremo violentos (Burke, 2018: 60). En ese contexto, a finales de 1971 también los líderes conservadores de Estados Unidos decidieron intentar retomar el contacto y la dirección del movimiento anticomunista internacional. Pero, dado que la visión estadounidense del anticomunismo internacional se caracterizaba por presidir comités, financiar campañas de propaganda, academias de entrenamiento y tours de conferencias, como en años previos, muy pronto consideraron a sus aliados más como “un inconveniente”, por lo que intentaron marginar a los elementos más radicales (Burke, 2018: 59).

Así se sucedieron varias agrupaciones que asumieron durante un breve periodo la representación nacional de la Liga Mundial Anticomunista en Estados Unidos, hasta que llegaron líderes que parecieron mucho menos reticentes respecto a la violencia y que, incluso, admiraban a los países latinoamericanos que, a través de ella, habían logrado sus objetivos, considerándolos un modelo a seguir. Tal fue el caso del Council on American Affairs con Roger Pearson a la cabeza, supremacista blanco; el senador republicano Jesse Helms, y el veterano de operaciones encubiertas y general retirado John K. Singalub. Éstos representa-



John K. Singlaub, asistente al XV Congreso de la WACL y el XXVIII de APACL en Tokio, Japón, en diciembre de 1982. Imagen extraída de *Réplica*, núm. 156, enero de 1983, p. 27.

ron a los grupos conservadores que habían quedado completamente desencantados con la administración Nixon, Ford y Carter no sólo por su fracaso en apaciguar las crecientes movilizaciones sociales por los derechos civiles y las que estaban en contra de la guerra de Vietnam, sino también por los recortes militares que afectaron las operaciones clandestinas y los puestos de altos mandos de la CIA y del ejército, así como por sus discursos sobre la distensión,

la cooperación, la negociación, la moderación y la normalización de las relaciones con la China comunista.

Rafael Rodríguez reconoció que la contribución fundamental de la FEMACO al concebir la fundación de la CAL consistió en que

por encima de más de un siglo de desunión y a veces de desconocimiento recíproco, congregó [a los anticomunistas latinoamericanos] para tomar conciencia del pasado en común y los intereses colectivos hacia el futuro, pero sobre todo del tremendo desafío que representa la dominación mundial con la que amenaza el comunismo a los aún libres (S/A, 1974a).

Considerando inaplazable la necesidad de que todos quienes luchaban eficazmente contra el comunismo en Latinoamérica se congregaran en una asociación regional, la CAL, como culmen de intentos pasados, significó el paso “de la defensiva a la ofensiva” en el anticomunismo mundial. Por ello tuvo como característica principal la toma de resoluciones prácticas sobre asuntos que les resultaban preocupantes, peligrosos y molestos a sus miembros. Muchos de éstos tenían que ver con las posturas más progresistas de la Iglesia que estaban desarrollándose en el marco del Concilio Ecuménico Vaticano II, la CELAM y la teología de la liberación o con los movimientos y discursos por los derechos humanos.

Consolidación de la comunidad anticomunista latinoamericana

La CAL, como “*alianza común* para enfrentar al *común enemigo* agresor”, llegó a considerarse el “clamor triunfal contra la bestia roja” (S/A, 1974b). Este gran logro se consiguió gracias a la consolidación de una identidad regional anticomunista en América Latina, llegando incluso a construir referencias de unidad más amplias con los representantes asiáticos a partir de cuestiones como la “historia en común”, una “cultura compartida” y una “misma fe”. Estos elementos dieron vida a un discurso con el que se apeló a una condición de “hermandad latinoamericana” que no sólo provenía “de sangre y de historia, sino de ideales y aspira-

ciones comunes”. De esta forma, sus líderes reconocían ser “herederos de una misma tradición” y “soldados de una misma batalla”, por lo que señalaron era entonces “común [la] responsabilidad [de] la seguridad de nuestras patrias por el amor a la Iglesia, Madre común” (S/A, 1974c: III).

Las características a las que apelaron los representantes de la CAL, señaladas como imprescindibles para la consolidación de este nuevo frente común, eran contar con una “cosmovisión compatible”, un “estilo de vida nacional” que enarbolará los “valores fundamentales de la civilización que acuñó el Occidente”: pueblos democráticos, “esencialmente cristianos” y “decididamente anticomunistas”, pueblos animados por un “mismo anhelo de libertad y de preservar la paz”. Precisaban de gobiernos, agrupaciones y sujetos auténticos, “dispuestos a no transigir en su lucha” sino hasta el “triunfo definitivo de [su] causa”, la cual sólo podía darse en unidad y solidaridad efectiva. De manera que esperaban que del foro “[saliera] robustecida la fe de los hombres libres de este Hemisferio” para enfrentarse “contra el enemigo común” (S/A, 1980a: 9).

Los principios que les daban orientación ideológica, que sustentaban su acción y que, por tanto, debían ser protegidos eran la propiedad privada, la familia, la educación de los hijos, la Patria y el sentimiento patriótico, la defensa de la libertad en relación con el mercado a través de la iniciativa privada, la apertura al comercio exterior y el progreso material como parte de los derechos naturales fundamentales del hombre. En este contexto Dios, la moral y la fe católica se presentaban como fuerzas invisibles de blindaje que les daban esperanza y permitían “soportar la tiranía”.

Alegaron que llenarían el “vacío de fe en los valores del espíritu” que había en el continente y que recuperarían la confianza en la propia capacidad de lucha y de victoria de los pueblos latinoamericanos. Así, definieron la personalidad de los latinoamericanos como sacrificada, valiente, sin temor a la muerte, luchadora, perseverante, tenaz, indomable, con sentido jurídico, solidaria, alegre y fraternal; un espíritu libertario incompatible con cualquier forma de tiranía y vasallaje, pero que aceptaba una autoridad fuerte e impersonal. Señalaron que estaban conformados por ciudadanos “normales” y “civilizados” con una “vida espiritual superior que se manifestaba con mayor fervor en “nobles días”

como Navidad, Año Nuevo y Día de Reyes. Que compartían una identidad que se asentaba en la continuidad estable de la “homogeneidad, raza, origen, religión, idioma, futuro [como] campo propicio para entendimientos profundos, permanentes y decisivos”. Asimismo, que eran los únicos capaces de proporcionar “una monolítica y necesaria cohesión indestructible” (Sandoval Alarcón, 1980: 26).

Establecieron como sus objetivos acabar definitivamente con todos aquellos focos de agitación y terrorismo, así como con las guerrillas urbana y rural, para lo que recibirían trabajos técnicos a propósito. Prometieron no permitir que ningún otro país de América cayera bajo la tiranía comunista y hacer cuanto fuera posible para ayudar a los patriotas exiliados a recobrar la libertad de sus países ocupados por la tiranía. Se propusieron apoyar de manera oportuna y con hechos las medidas que las fuerzas de seguridad pública de los países latinoamericanos implementaran para el exterminio definitivo del “cáncer marxista”⁹ y ayudarles a restablecer el orden y la paz pública; combatir la subversión en escuelas y universidades, entre el clero, obreros, los campesinos y la juventud, así como proteger la independencia y libertad de los pueblos.

Mediante la creación de escenarios terroríficos y la explotación de un sentimiento de miedo, alertaron sobre diversos temas: la infiltración y la cooptación de las mentes juveniles; los engaños y mentiras dirigidos a minar la credibilidad de los gobiernos o instituciones patriotas; confundir a la opinión pública; fomentar la lucha de clases o preparar el terreno para la subversión; la esclavización, degradación, hundimiento en la miseria y aniquilamiento de los ejércitos nacionales; la implantación de la tiranía; un estado policiaco; campos de trabajo forzado y cámaras de tortura. En este contexto, el comunismo y los comunistas se presentaron como infrahumanos y crueles, fuerzas extrañas, maléficas y siniestras

9 En la geopolítica sudamericana, se enfatizó “la salud interna del Estado-como-organismo”, que representaba a los luchadores sociales como “peligrosas células cancerígenas que necesitaban ser eliminadas para la salud y prosperidad de un cuerpo político generalizado. [Lo que en gran parte] ayudó a justificar la sangrienta represión interna y asesinato patrocinado por el Estado” que caracterizó al Estado nacional de seguridad de Sudamérica (Tuathail, 2005: 42).

que sembraban odio y maldad, que amenazaban la paz mundial y la unidad nacional; diabólicos asesinos que diseminaban por el mundo miedo y terror, de una nación a otra, de un continente al otro. Frente al ataque a la identidad nacional que los anticomunistas interpretaban como preludio de la acción violenta final, era natural el rechazo “profundo hacia un enemigo cuya perversidad, amoralidad y violencia” se asemejaban con “hormigas malévolas, que cargadas de odio” destruirían “paulatinamente los pilares esenciales de la civilización cristiana” (S/A, 1977: III).

Esta amenaza que se construyó como un hecho que afectaba a todo el continente se moldeó como una “encrucijada crítica”, una “crisis integral de la especie humana” que “comenzó hace 700 años o antes, cuando culturas, civilizaciones, creyentes no supieron encontrar la forma de ser fieles al mensaje divino: fundamentalmente de Unidad, de fraternidad, hermandad que se finca en lo que tenemos en común como hijos de Dios” (FEMACO, 1976). Por tanto, tal hecho se consideraba “la culminación de un proceso de resquebrajamiento de los principios más elementales de la civilización universal. [...] [Derivada] principalmente del asalto comunista a todas las naciones e instituciones del mundo libre” (FEMACO, 1970). Se trataba, pues, de un momento único y definitivo de cambio en la histórica lucha contra el comunismo, la coyuntura a una nueva era que los ponía “al borde del abismo” tanto a ellos como a sus hijos y nietos “a menos que los hombres de principios griten ¡NO! y se opongan firmemente al marxismo” (Dornan, 1977). Representada por la idea del juicio final cuya llegada supone el fin de la sociedad conocida y la instalación del caos total, su utilización retórica invoca su restitución y la vuelta al orden como parte de las tareas políticas.

De esta forma, apelaron a “todo hombre bien nacido” y persona con “buena voluntad” que comprendiera “la necesidad de defender su patria, su libertad, su honor y su familia” (FEMACO, 1970) a dar un paso al frente e intervenir con decisión. Se encontraban ante una maquinaria de guerra que sólo podía ser destruida con guerra, lucha y heroísmo. Por ello, en sus discursos, desde el estrado alentaron a “tener valor, tener visión panorámica de la historia del mundo y del hombre, para no temblar frente a la Revolución Mundial, como no temblaron aquellos pueblos grandes del Occidente y del Oriente cuando les tocó vivir a cada uno

su respectivo desafío y [...] conflicto” (FEMACO, 1976). E instaron a responder al “dictado de conciencia”, cumplir el “compromiso con la gran Patria Latinoamericana” y buscar lo trascendente.

Estos mensajes se dirigieron particularmente a los hombres de Estados Unidos de América, para que dejaran de seguir haciendo el papel de comparsas de los enemigos de la humanidad y de contribuir, consciente e inconscientemente, a que el comunismo se extendiera por el continente americano. Los miembros de la CAL consideraban que si esta gran nación reflexionaba y actuaba según los postulados de su independencia y de su Constitución, todo el mundo podría salvarse de caer bajo la esclavitud comunista (S/A, 1978).



Imagen extraída de *Réplica*, núm. 57, abril de 1974, p. 13.

Hacían, pues, un llamado mesiánico, reconociendo el derecho de los Estados Unidos y su responsabilidad en nombre de una raza superior, un pueblo elegido, la bendición de la providencia divina o el destino para impulsar o defender a la humanidad. Pero liderar el devenir histórico y extender su dominio “por encima de minorías antipatrióticas y entreguistas” (S/A, 1975) suponía la tarea —urgente, heroica e imposter-gable— de derrotar la tiranía del comunismo y liquidar a sus secuaces, aun si éstos se encontraban en Washington o al interior de cada uno de sus países. Se trataba de emprender una última “cruzada que [condujera] a la erradicación total del principal enemigo del hombre y su progreso” (T. Merino, 1979).

En este escenario, la CAL fue presentada justamente como el vehículo capaz de hacer todo ello posible, de cumplir esa misión heroica. Ésta planteó que sólo dos destinos eran posibles: uno desolador, el otro de triunfo; que no había “términos medios: sólo vencer o morir” (Frutos, 1977: 7). En este sentido los congresos crearon importantes foros internacionales en los que había un valioso intercambio de información que

permitió delinear nuevos planes de acción y estrategias políticas para realizar una lucha conjunta, reafirmando la naciente comunidad imaginada anticomunista. Pero además erigieron una importante “tribuna mundial” desde la que los grupos e individuos anticomunistas más radicales de la región podían conseguir fondos, difundir propaganda y cabildear el congreso estadounidense para que cumpliera con la aplicación de políticas nacionales o acuerdos internacionales dirigidos a contener las acechanzas del comunismo.

El estrado de la CAL fue utilizado para “denunciar y expresar temas de trascendente significación”, tales como la “soberanía, la independencia y la autodeterminación en Latinoamérica frente a las agresiones comunistas, el intervencionismo estadounidense por Derechos Humanos, la subversión del clero comunista [o la defensa de] los derechos naturales auténticos...” (Stroessner, 1977). Cuando los recortes presupuestarios del país del norte afectaron el apoyo que se otorgaba a los gobiernos militares del cono sur y la asistencia a agrupaciones anticomunistas, culpadas de violar rutinariamente los derechos humanos, fueron dejados al margen de préstamos de instancias como el Banco de Desarrollo Interamericano (López, 2016: 201). Dado que esto tuvo incidencia directa en la disminución del combate frontal hacia el comunismo, fue interpretado por los anticomunistas de la CAL como si los Estados Unidos renunciaran a liderar el escenario internacional y se resignaran, rindieran y abandonararan la Guerra Fría.

Para la CAL, los ejércitos nacionales eran concebidos básicamente como “el pueblo en armas”, como “un bloque armónico con decisión absoluta a favor de la Patria”, como “el último baluarte capaz de evitar toda la destrucción de la nación”. Fieles a “su juramento y misión”, la de las Fuerzas Armadas era una acción coordinada, profundamente renovadora, capaz de “sanear la mentalidad de la ciudadanía afectada por ideologías foráneas, demagógicas y de lucha de clases”, así como de “detener el deterioro de todo orden y sufrimiento de la nación”. Y eran precisamente el acervo cívico y las glorias militares las que configuraban el orgullo de haber nacida en esa tierra.

Asimismo, la unidad de conciencia y voluntades se creó a partir del intercambio de experiencias en los foros, que se consideraron ejempla-



res para aprender “lecciones de sabiduría” de quienes ya habían tenido que lidiar con esos problemas. Desde la exhibición testimonial se hablaba del rescate que en Chile realizaron las Fuerzas Armadas de “los elementos esenciales del ser” y la identidad nacional. O de los peligros que se aproximaban, al comparar a la Sierra Maestra con los Andes por ser ambos lugares de refugio y estrategia de los guerrilleros comunistas, intentando prever el curso del futuro y visualizar nuevas técnicas para combatir al comunismo antes de que fuera demasiado tarde y se perdiera otra nación en sus manos.

En este escenario, donde Estados Unidos no sólo se retraía de la lucha, sino que además les complicaban a los gobiernos anticomunistas comprometidos con ella llevarla a cabo, la resolución que debían adoptar les pareció clara: “Los anticomunistas no podían, o mejor dicho no debían seguir combatiendo cada uno aislado, en su propia parcela, con sus propios medios y sucumbiendo a la violencia y al terror de las fuerzas coaligadas del comunismo internacional heroicamente, orgullosamente, pero, tontamente” (Sandoval Alarcón, 1980: 26).

En las propias palabras del secretario general de la CAL, “a fuerza de recibir golpes y de haber puesto en peligro la existencia como naciones libres, los latinoamericanos [habían] aprendido a identificar a [sus] enemigos, abiertos y emboscados” (Rodríguez, 1983). Así, signaron “tratados multilaterales sobre la defensa planificada y efectivo rechazo de la penetración comunista en [sus] Estados” con quienes fueron identificados como amigos (S/A, 1980b). Mientras, proyectaron la violencia a través de sus fronteras nacionales contra quienes fueron encasillados como enemigos.

Las reuniones de la CAL que tuvieron lugar en la Ciudad de México, en Río de Janeiro, en Asunción y Buenos Aires entre 1972 y 1980, con presencia de los más destacados anticomunistas, transmitieron un mensaje fuerte y claro: la ofensiva anticomunista ya estaba unida por fin y operando. Esto inició la intensificación del apoyo a movimientos anticomunistas perseguidos donde predominaban las corrientes de izquierda, y se fortaleció de la lucha en los lugares de mayor influencia de los partidos comunistas.

El puesto de combate que llamaron a ocupar estaba dirigido a realizar labores de contrainsurgencia, la estrategia por excelencia durante la Guerra Fría, aunque la amenaza nuclear se robaba los reflectores. Para todos los latinoamericanos graduados de los entrenamientos militares referidos en la primera parte de este artículo, “la subversión doméstica y el comunismo internacional eran dos lados de la misma moneda” (López, 2016: 50-51). Por tanto, los anticomunistas promovieron el reclutamiento de exmiembros de las fuerzas armadas de “comprobada militancia anticomunista y capacidad profesional” que pudieran actuar dentro de las fronteras de sus propios países cuando fueran requeridos por las autoridades o cuando lo demandaran la salvaguarda de la Soberanía y la seguridad nacionales (S/A, 1974d). Y dirigieron tanto las fuerzas paramilitares como las fuerzas irregulares en contra de campesinos, obreros, sacerdotes, profesionistas o estudiantes señalados como comunistas.

Con la intención de monitorear y controlar a estos sectores sociales, hicieron uso de las redes de informantes y recolectores de inteligencia que mejoraron la inteligencia estatal durante este periodo. En este asunto, la DINA —el servicio chileno de inteligencia— tomó las riendas al principio; pronto se integraron los servicios secretos de inteligencia de Argentina, Uruguay, Paraguay y Brasil; y un poco después, los de Bolivia y Perú (Burke, 2018: 69). Así, trabajando en conjunto, se dispusieron a recabar información sobre sacerdotes comunistas, así como de escritores, periodistas, comentaristas y locutores extranjeros, con la intención de denunciarlos y señalarlos como subversivos y culpables de infiltración.

Haciendo uso de criterios político-ideológicos, determinaron qué sectores de la sociedad podían considerarse amistosos y cuáles eran hostiles en relación con la identidad nacional. Con la conjunción de fuerzas y esfuerzos, así como la multiplicación de espacios operativos en el interior de cada uno de los países a los que pertenecían los miembros de la CAL, fue más fácil aplicar el terror para eliminar a contrincantes políticos, quienes fueron destinados a una lista negra para solicitar su expulsión del continente. Además, a través de la guerra psicológica “para manipular el clima político y preparar a la población para la violencia a través de propaganda y el uso del miedo” (López, 2016: 50-51), de-

mandaron esfuerzos patrióticos anticomunistas en el “campo político, el universitario, el periodístico, el gremial, el eclesiástico, etc., de acuerdo a la posición personal de cada quien y a su liderazgo en las organizaciones que representa” (S/A, 1980c).

Conclusiones

La consolidación de los Estados Unidos como fuerza hegemónica mundial a mediados del siglo pasado fue posible sólo en la medida en que sus propuestas tuvieron como base una ideología cristiana-occidental que resonó en las propias creencias y valores de los grupos anticomunistas latinoamericanos. A su vez, esto ayudó a que, en la década de 1970, se consolidara un movimiento mundial anticomunista que tenía por lo menos 30 años intentando formalizarse, con México como un importante centro promotor e interlocutor.

La asimilación y la utilización de conceptos como el de - o el de la *seguridad interna* por parte de figuras clave de la escena anticomunista internacional tuvieron un gran peso en la consolidación de la tan ansiada unidad de las fuerzas anticomunistas regionales. En el contexto de la Guerra Fría, México mantuvo una política externa de bajo perfil, donde los momentos de activismo fueron una excepción, pues se buscaba disminuir al máximo la posibilidad de involucrarse en los temas definidos como sustantivos por los norteamericanos y, así, evitar chocar de frente con los intereses de la potencia hegemónica. Sin embargo, esta neutralidad aparente del gobierno mexicano no era tal, pues, paralelamente, garantizó las condiciones para que, desde Guadalajara, estas agrupaciones operaran y coordinara con tranquilidad el movimiento mundial anticomunista que eran afines a los intereses estadounidenses.

Ante las supuestas flaquezas del hegemón, la materia, el felizmente encontrado nuevo frente común incluso se dispuso a costear la batalla por su propia cuenta “mediante una gran red mundial privada de civiles derechistas, líderes políticos y grupos paramilitares” (S/A, 1983). A la vez, pretendía poner un ejemplo a los anticomunistas de todo el mundo, elaborando planes concretos de acción contra la subversión comunista, lo cuales debían ser ejecutados por las organizaciones miembros y sus aliados con toda la seriedad que la situación requería. Con ello, ayud-

aban a desplazar la visión estadounidense tradicional del anticomunismo internacional y de las reservas de los líderes anticomunistas y de sus agrupaciones, pues la intención era adoptar un anticomunismo menos teórico y mucho más práctico.

Estas propuestas encontraron eco en las agrupaciones de supremacistas blancos (nazis, neofascistas, antisionistas, proapartheid, Ku Klux Klan...) que habían cosechado popularidad en medio de las molestias causadas por el debilitamiento de la armada estadounidense durante las administraciones Ford y Carter. Los veteranos de operaciones especiales retirados o rescindidos, “amargados por los despidos, y ansiosos por recuperar poder” accedieron a estos espacios como cabilderos, expertos consultores de las fuerzas de seguridad del Estado o como conferencistas privados para todo tipo de audiencias de cualquier parte del mundo. Dentro de la emergencia de un “sector privado”, el activismo político conservador¹⁰ se convirtió en un lucrativo negocio que propició una nueva y última etapa de la Guerra Fría, que se estacionó justo en Centroamérica¹¹ tras la llegada al poder de Ronald Reagan, importante vocero político del conservadurismo, el anticomunismo y el mercado liberal estadounidense (Burke, 2018: 92).

Su campaña electoral aprovechó los sentimientos de desilusión y desaprobación que imperaban en gran parte de la población conservadora, y para cautivar a aquellos que hablaban de fracaso y del desvío del camino predestinado de los Estados Unidos, prometió que “revertiría el arco de declive nacional al restaurar las capacidades militares de los Estados Unidos, reclamando su posición de liderazgo en los asuntos mundiales, y haciendo retroceder al comunismo por cualquier medio necesario”, aun si eso requería volver a montar las operaciones clandestinas (Burke, 2018:

10 Este tipo de incursiones sorteaban mejor las resistencias del Congreso y la opinión pública estadounidense, tanto como las de la diplomacia internacional; por tanto, eran más eficientes para recaudar dinero y comprar armas y provisiones.

11 En donde, bajo supuestas amenazas directas a su seguridad nacional, se lanzaron muchas aventuras paramilitares privadas con la finalidad de aplastar cualquier insurgencia guerrillera de izquierda, sometiendo la zona a una guerra de baja intensidad durante la década de 1980.



117). Para muchos, la victoria de Reagan en 1980 implicó que Estados Unidos recuperara el “control sobre el mundo y su propio destino” (Moïsi, 2008: 166), incluidos numerosos gobiernos latinoamericanos que esperaban reactivara los programas de ayuda militar. Las palabras del mismo Pinochet nos permiten comprender el ánimo que imperaba en éstos:

Mientras el comunismo sufre la mayor crisis interna de su historia, el mundo libre revive lleno de optimismo y esperanza al resurgir con renovados bríos un liderazgo resuelto y seguro, luego de tanto tiempo durante el cual, quienes estaban llamados a asumirlo, mostraron una desorientación y debilidad imperdonables, lo que hizo temer por el futuro de la causa de la libertad en tantas naciones del orbe (Pinochet, 1981).

La renovación que llegó a la Casa Blanca alentó el lanzamiento de una última cruzada moral contra el comunismo, acompañada por un repunte de la carrera armamentística nuclear que implementó la Defensa Estratégica, con el discurso de “forzar el retroceso”. Probando una mayor capacidad tecnológica, industrial, militar y económica, los Estados Unidos emergieron de ese periodo como la única superpotencia mundial y el bloque soviético acabó por disolverse.

Conceptos como el de *desarrollo*, *progreso*, *libertad*, *paz*, *democracia* y *mundo libre* fueron contrapuestos al de *progresismo*, con sus tendencias revolucionarias decoloniales y de apertura cultural presentes en la época. Bajo parámetros de seguridad, éstas fueron etiquetados como actos de terrorismo propios de enemigos, justificando la adopción de políticas exteriores y domésticas a menudo agresivas que colocaron como antivalor del capitalismo al comunismo.

Conforme el capitalismo ha ido perdiendo su capacidad para generar consenso y mantener la estabilidad, menguada ante las continuas recesiones y devaluaciones, ha aparecido la exacerbación del uso de la fuerza para seguir manteniendo su posición hegemónica, la cual va quedando reducida al poder militar. Esta cuestión resulta de suma importancia a la hora de intentar comprender el tipo de dominio e influencia que ha tenido Estados Unidos sobre América Latina en particular, y cuál ha sido

la evolución de esta relación dadas las cada vez mayores dificultades que existen para preservar tal arreglo.

Debemos reconocer que, a largo plazo, ello ha llevado a la crisis actual de excesiva y descontrolada violencia que se practica en toda la región de manera amplia: ejercida por grupos armados, Estado o empresas en contra de ciudadanos, poblados o la naturaleza. En este sentido, las prácticas de tortura actuales y miles de desapariciones que hoy son moneda corriente no son sino producto de la sistematización de prácticas violentas perfeccionadas durante siglos de guerras, de luchas de dominación, sometimiento y expansionismo, con pretexto de la preservación, protección y seguridad de un grupo o nación. Y particularmente durante los últimos 80 años.

Sin duda, esta influencia se observa en la geopolítica enmarcada por la pandemia, que reaviva el surgimiento de discursos nacionalistas y hemisféricos que contraponen el *Occidente* al *Este* a propósito de la carrera biotecnológica por desarrollar de forma más rápida y efectiva una vacuna contra la COVID. Aquí encontramos claras reminiscencias de la carrera espacial del periodo abordado, como lo indica el hecho de que a la vacuna rusa se le bautizara como *Sputnik V*. También está presente en cuestiones como el aborto y las bodas entre personas del mismo sexo, que conforman una de las acérrimas confrontaciones ideológicas abiertas en la actualidad y que vuelven a abrir espacios de ascenso a la derecha en medio de una creciente polarización social. Tal como sucedió con la llegada de Carter al poder, desde que Joe Biden fue elegido, se ha radicalizado el movimiento católico conservador. Eso fue precisamente lo que, en 1980, hizo posible la elección de Donald Reagan, quien dirigió su campaña a los grupos más conservadores y quien, durante su mandato, logró el punto más alto del anticomunismo internacional a través de una política exterior sumamente influida por el sector privado armamentista y por activistas conservadores.

El nuevo auge de movimientos conservadores que hoy presenciamos cobró fuerza durante el mandato de Donald Trump, y no deben ignorarse las alusiones que hiciera el expresidente de Estados Unidos durante su mandato acerca de que la política de Reagan era su inspiración. Desde su llegada al poder, los católicos más conservadores de Indiana han liderado

el activismo antiabortista y han impulsado restricciones al aborto, defendiéndolas en los tribunales y presionando a los funcionarios electos para que apoyen los nombramientos de unos 200 jueces federales propuestos por Trump para ocupar la Suprema Corte. Entre ellos, como sucede en los puestos de su gabinete, se encuentran figuras católicas conservadoras. La autoridad de Donald Trump para estos grupos y el poder de su voz y de su discurso para movilizar a las masas más radicales fueron patentes en la irrupción armada en el Congreso que realizaron sus principales seguidores. Estos grupos han emprendido una campaña para impedir que el aborto pase de ser una elección a reconocerse como un derecho.

Ahora se habla sobre su preparación para presentarse nuevamente a la contienda presidencial de 2024, a la que posiblemente iría con Ron DeSantis en la fórmula, aunque este actual gobernador de Florida parece que supera a Trump en las preferencias como principal candidato para los conservadores. En ello quizá tenga que ver su proyecto de ley para implementar en las escuelas públicas de Florida “la enseñanza sobre la verdad del comunismo y las ideologías totalitarias”, que incluiría información “sobre los patriotas que vienen a los Estados Unidos después de huir de los regímenes comunistas” y “una comparativa de ideologías políticas que entran en conflicto con los principios de libertad y democracia, esenciales para los principios fundacionales de los Estados Unidos, como el comunismo y el totalitarismo” (O’Mullony, 2021). He aquí la evidencia de que aún hoy se mantiene en la región una alta presencia y relativa validez y efectividad del fantasma del comunismo y la peligrosidad de las tendencias izquierdistas.

En nuestro país también hemos visto el crecimiento de los grupos denominados *provida*, que se han constituido en oposición para el actual presidente Andrés Manuel López Obrador y todo su partido. Estos grupos han promovido una serie de manifestaciones realizadas desde los vehículos y han movilizado un discurso alarmista que promueve el miedo por los peligros económicos y morales que acarrea la administración de López Obrador y su Cuarta Transformación, así como por el verdadero perfil comunista del presidente. Previendo la inminente fuga de capitales, el cierre del mercado y las fronteras y el colapso de la economía nacional, a través de diversas plataformas de mensajería

instantánea y redes sociales, incitan a mudarse del país y a retirar inversiones y ahorros de los bancos en el suelo nacional para asegurarlos en otros del extranjero. Con pánico se advierte: “México se va a convertir en Venezuela”. Entre estos grupos, destacan los organismos ultraderechistas del Frente Nacional por la Familia y la Red Pro-Vida, pro-Trumpistas, de corte y auspicio religioso, que se han posicionado en contra del aborto y de la formalización de la unión legal entre personas del mismo sexo a través de un discurso lleno de prejuicios inquisidores y de una actuación de violenta intolerancia, a veces actuando incluso como grupo de choque para bloquear la discusión de reformas sobre esos temas.

También hay visos de remanencia de la Guerra Fría en Nicaragua, donde, al amparo de una controvertida ley de traición, se vive una gran persecución política hacia posibles contrincantes, numerosos periodistas y empresarios. Esta ley señala que cualquiera que actúe contra “la independencia, la soberanía y la autodeterminación” de Nicaragua puede ser culpado de cometer crímenes contra el Estado y considerarse un traidor (Grant, 2021). Esto recuerda mucho la política del enemigo interno de aquellos días, cuando la seguridad interna de los Estados latinoamericanos fue considerada motivo de interés y necesaria para asegurar la defensa continental. Ésta centró la atención en la subversión, considerada un ataque hacia el Estado desde fuerzas ubicadas en su interior, lo que implicó la puesta en práctica de una fuerza dirigida sobre los propios ciudadanos que fueron presentados como amenaza potencial para la seguridad nacional.

Nicaragua forma parte, junto con Chile, de los países que durante la Guerra Fría fueron dirigidos por regímenes militares. En ambos países, antes de que irrumpiera la emergencia sanitaria por la pandemia, se habían desatado poderosas manifestaciones antigubernamentales ante medidas privatizadoras y desmanteladoras de lo poco que quedaba del Estado de bienestar. Éstas fueron reprimidas con brutalidad por las autoridades; exceso de mano dura que evidencia la pervivencia de la alianza entre el gobierno y las instituciones que, mediante el uso de la violencia, garantizan el orden como el ejército, la policía y los paramilitares. Así, es patente que la guerra sigue teniendo un lugar central en la resolución de conflictos, que tiene preeminencia el enfrentamiento armado para ter-

minar con las diferencias de opiniones y que lo militar es el mecanismo para restituir el orden.

Por ello se considera importante reflexionar en qué medida el conjunto de elementos aquí abordados siguen reproduciendo, sosteniendo o transformando el espacio que quedó establecido con la Guerra Fría en América Latina, y qué tanto se sigue dando la misma valoración y peso en su constitución a la intervención armada y a la promoción de las ideas del libre mercado y la democracia. Se requiere advertir con relación a quién se organiza el espacio en la actualidad y qué características le transfiere; cuáles son los límites que se establecen para el rango de respuestas y reacciones, actitudes y prácticas aceptables que pueden producirse dentro de ese espacio, y cuáles se considera que deben ser censuradas, perseguidas y desaparecidas. Es necesario reconocer el comportamiento geopolítico que persiste en los centros de poder históricos; el sentido y el propósitos de la expedición normativa de la política exterior que realizan, con la que terminan imponiendo sanciones económicas por encima de cuestiones básicas de humanidad. Si la sensación de crisis en todos los niveles se han incrementado, así como los discursos en torno a ella, ¿en qué términos se plantea su resolución?

Bibliografía

- ANDERSON, Benedict (1993). *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- AYALA DIAGO, César Autusto (2001). “Historiografías del siglo XX y el retorno de la historia política”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 28.
- BURKE, Kyle (2018). *Revolutionaries for the right. Anticcommunist internationalism and paramilitary warfare in the cold war*. North Carolina: University of North Caroline Press.
- CAL (1977). “Comunicado final CAL III”, en *Réplica*, mayo, 90, pp. 36-38.
- CARRILLO REVELES, Veremundo (2018). “México en la Unión de las Repúblicas Americanas. El Panamericanismo y la política exterior

- mexicana, 1889-1942”. Tesis de doctorado en Historia. Ciudad de México: Colegio de México, Centro de Estudios Históricos.
- CIA (1954a). Central Intelligence Agency. (Consultado en 2019). Disponible en https://www.cia.gov/library/readingroom/docs/DOC_0000923793.pdf
- CIA (1954b). Central Intelligence Agency. (Consultado en 2019). Disponible en <https://www.cia.gov/library/readingroom/document/0000922999>
- DALLE, Pablo; Boniolo, Paula; Sautu, Ruth y Elbert, Rodolfo (2005). *Manual de metodología. Construcción del marco teórico, formulación de los objetivos y elección de la metodología*. Buenos Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- FEMACO (1970). “Inserto FEMACO: El asesinato del embajador alemán y la ineficacia suicida del Diálogo”, en revista *Réplica*, marzo-abril, núm. 20, pp. 16-17.
- FEMACO (1976). “UNIDOS EN LA LUCHA CONTRA EL COMUNISMO”, en *Réplica*, septiembre, núm. 83, pp. 8-11.
- FRENTE POPULAR ANTI-COMUNISTA DE MÉXICO (1952). Central Intelligence Agency. (Consultado en 2020). Disponible en <https://www.cia.gov/library/readingroom/docs/CIA-RDP83-00423R001100320006-8.pdf>
- FRUTOS, Juan Manuel (1977). “Solemne Ceremonia de Apertura del III Congreso de la CAL”, en *Réplica*, mayo, núm. 90, pp. 6-7.
- GERMANÁ, César (2014). “Una epistemología otra. La contribución de Aníbal Quijano a la reestructuración de las Ciencias Sociales de América Latina”, en *Des/colonialidad y Bien Vivir. Un nuevo debate en América Latina*. Lima: Universidad Ricardo Palma, pp. 73-100.
- GRANT, Will (2021). “Los fantasmas que acechan a Daniel Ortega, el ‘frágil’ líder de Nicaragua”, en *BBC*, 5 de julio. Disponible en <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-57610654>
- HERNÁNDEZ LÓPEZ, Conrado (2002). “El conservadurismo mexicano en el siglo XIX”, en *Metapolítica*, marzo-abril, número 6(22).
- JOSEPH, Gilbert M. (2004). “Lo que sabemos y lo que deberíamos saber: la nueva relevancia de América Latina en los estudios sobre la

- guerra fría”, en *Espejos de la Guerra Fría: México, América Central y El Caribe*. México: CIESAS, SRE, Porrúa .
- K. DORNAN, Robert (1977). “Palabras del Congresista Robert K. Dornan, Congresista de California”, en *Réplica*, mayo, número 90, p. 42.
- KATZ, Friedrich (2004). “La guerra fría en América Latina”, en *Espejos de la guerra fría: México, América central y el Caribe*. México: Ser, Porrúa.
- LÓPEZ, Fernando (2016). *The Feathers of Condor. Transnational State Terrorism, Exiles and Civilian Anticommunism in South America*. Reino Unido: Cambridge Scholars Publishing.
- MARTÍNEZ VILLEGAS, Austreberto (2016). “Tradicionalismo y conservadurismo integrista en el catolicismo en México después del Concilio Vaticano II: continuidades y transformaciones en Guadalajara, Jalisco y Atlatlahucan, Morelos (1965-2012)”. Tesis doctoral. Ciudad de México: Instituto Mora.
- MCNAMARA, Patrick (2005). *A Catholic Cold War. Edmund A. Walsh, S.J., and the Politics of American Anticommunism*. NY: Fordham University Press.
- MEJÍA, Marco Raúl (2015). “Reconfiguración del capitalismo globalizado y resistencias desde América Latina”, en *Nómadas*, octubre, núm. 43, pp. 149-165.
- MOÏSI, Dominique (2008). *La Geopolítica de las emociones. Cómo las culturas del miedo, la humillación y la esperanza están reconfigurando el mundo*. S.l.: Grupo Norma.
- O’MULLONY, Antonio (2021). “Florida enseñará los males del comunismo en sus colegios”, en *Libertad Digital*, 25 de junio. Disponible en <https://www.libertaddigital.com/internacional/estados-unidos/2021-06-25/florida-ensenara-males-comunismo-colegios-6794099/>
- OROZCO BARRANCO, Almendra Cristal (2021). “Entre el ateísmo, el terrorismo y el progresismo. La América Latina imaginada desde la derecha anticomunista radical y sus repercusiones geopolíticas durante la Guerra Fría. Revista Réplica 1967-1987”. Tesis de maestría en Ciencias Sociales. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades.

- PACHECO, María Martha (2002). “¡Cristianismo sí, comunismo no! anticomunismo eclesial en México”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, julio-diciembre, núm. 24.
- PÉREZ MONFORT, Ricardo (1993). *Por la patria y por la raza. La derecha secular en el sexenio de Lázaro Cárdenas*. México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- PINOCHET, Augusto (1981). “El comunismo sufre la mayor crisis interna de su historia”, en *Réplica*, abril, núm. 135, pp. 25-33.
- PRIETO LAURENS, Jorge (1973). “Muere un cruzado por la libertad y la democracia”, en *Réplica*, abril, núm. 45, p. 47.
- PRIETO LAURENS, Jorge (1979). “Dr. Francisco Buitrago Martínez. Otro mártir anticomunista en Nicaragua”, en *Réplica*, enero, núm. 109, pp. 43.
- RODRÍGUEZ, Rafael (1983). “1983: Año Decisivo Para Centroamérica”, *Réplica*, enero, núm. 156, pp. 9-14.
- S/A (1974a). “Papel de la FEMACO en la fundación de la CAL. La CAL y la encrucijada del comunismo. Discurso de Rafael Rodríguez, Secretario General de la CAL, en CAL II”, en *Réplica*, febrero, núm. 55, p. 8.
- S/A (1974b). “El presidente del Paraguay exhorta al II congreso de la CAL a redoblar esfuerzos para vencer al comunismo”, en *Réplica*, febrero, núm. 55, p. 8.
- S/A (1974c). “Discurso inaugural del II Congreso de La CAL”, en *Réplica* (suplemento), febrero, núm. 55, pp. I-XII.
- S/A (1974d). “Engañan a la opinión pública”, en *Réplica*, febrero, núm. 55, pp. 32-33.
- S/A (1975). “Exige la WACL que no se levanten las sanciones económicas al dictador Fidel Castro”, en *Réplica*, mayo, núm. 67, pp. 14-15.
- S/A (1977). “Discursos en la ceremonia inaugural del III Congreso de la CAL”, en *Réplica* (suplemento), mayo, núm. 90, pp. I-XII.
- S/A (1978). “En los 70’s y Ante la Indiferencia de Occidente: pueblos que se extinguen bajo la bota comunista”, en *Réplica*, mayo-junio, núm. 120, pp. 33-37.
- S/A (1980a). “Mensajes de Jefes de Estado al IV Congreso de la CAL”, en *Réplica*, octubre, núm. 129, pp. 8-15.

- S/A (1980b). “Resoluciones adoptadas en el iv Congreso de la cal”, en *Réplica*, octubre, núm. 129, pp. 36-41.
- S/A (1980c). “En Defensa de la Libertado y Soberanía de las Naciones de América: La CAL avanza a la vanguardia en la lucha anticomunista. (Discursos)”, en *Réplica* (suplemento), octubre, 129, pp. I-XII.
- S/A (1983). “La Liberación: Una Nueva Estrategia Para el Mundo Libre (Discurso del Mayor General John K. Singlaub)”, en *Réplica*, enero, 156, pp. 27-30.
- SALBUCHI, Adrián (2004). *El Cerebro del Mundo. La cara oculta de la Globalización*, 5.a ed. Colombia: Editorial Solar.
- SÁNCHEZ CARRIÓN, Miguel Ángel (1999). “‘Lo Sagrado’ y ‘Lo Profano’”, en *La nueva era ¿sacralización de lo profano o profanación de lo sagrado?* Cuadernos de Fe y Cultura, núm. 9. Serie Realidad Religiosa. México: Ed. Universidad Iberoamericana, ITESO, pp. 8-32.
- SANDOVAL ALARCÓN, Mario (1980). “Exhorta Mario Sandoval Alarcón: pacto de unidad contra la subversion comunista”, en *Réplica*, octubre, núm., pp. 26-27.
- SANTOS, Theotonio Dos (2002). *Teoría de la dependencia. Balance y perspectivas*. México: Plaza y Janés.
- SERVÍN, Elisa (2004). “Propaganda y Guerra Fría: la campaña anticomunista en la prensa mexicana del medio siglo”, en *Signos Históricos*, enero-junio, núm. 11, pp. 9-39.
- STROESSNER, Alfredo (1977). “El presidente stroessner presidira la apertura del iii congreso de la CAL”, en *Réplica*, abril, núm. 89, pp. 4-5.
- TUATHAIL, Gearóid Ó’ (2000). “Spiritual Geopolitics: Father Edmund Walsh and Jesuit Anticommunism”, en *Geopolitical Traditions*. S.l.: Routledge.
- TUATHAIL, Gearóid Ó’ (2005). *Critical Geopolitics. The Politics of Writing Global Space*. S.l.: Routledge/Taylor & Francis e-Library.
- VAN DIJK, Teun A. (1990). *La noticia como discurso. Comprensión, estructura y producción de la información*, 1.a ed. Barcelona: Paidós.